

TED DEKKER

«DEKKER ES UN MAESTRO DEL SUSPENSO». — PUBLICACIÓN BIBLIOTECARIA



PIEL

no confíes en tus ojos

Como es tradición de Ted, llega la novela más intrigante e impredecible de Ted Dekker... una historia de venganza con una premisa espantosa y numerosos reveses.

Una historia que radicalmente va en contra de la cultura existente, *Piel* hace la pregunta: «¿Qué es la belleza?». Esto es mucho más que una pregunta filosófica, es una cuestión de vida o muerte cuando un asesino en serie entra violentamente a la ciudad de Summerville, Nevada. ¿Qué es lo que hace que lo bonito sea feo y lo feo bonito? La respuesta le sorprenderá... y perseguirá por mucho tiempo después de haber leído la última página de *Piel*.

1

Cuando no es que está cayendo tanta lluvia —a cántaros o a mares— sino más bien que al auto lo está atacando algo así como una avalancha de piedras, usted sabe que es hora de parar.

Cuando no puede ver mucho más que las indiferentes plumillas salpicando el parabrisas en medio de torrentes, cuando de súbito ya no tiene la seguridad de que está sobre la carretera, su radio no emite más que estática, no ha visto otro auto desde que el cielo ennegreció y sus dedos están blancos sobre el volante en un intento por estabilizar el viejo Accord frente a las aterradoras ráfagas de viento, usted sabe que este —sin lugar a dudas— es el momento de detenerse.

Wendy se inclinó sobre el volante, buscando las líneas amarillas que separaban la carretera de doble vía. No lograba ver un verdadero hombrillo. ¿Qué impediría que otro vehículo le diera por detrás si paraba aquí?

Ella había visto los negros nubarrones extendiéndose en el horizonte mientras atravesaba el desierto de Nevada. Oyó las advertencias de tornado en la radio antes de que dejara de transmitir inexplicablemente. El hecho de que éste no fuera un territorio de tornados tenía confundidos a los locutores.

Wendy hizo caso omiso de las advertencias y siguió adelante en la noche. Se había fijado dos días para el largo trayecto entre San Diego y el occidente de Utah. La llamada de su madre pidiéndole que fuera la había paralizado por más de diez segundos, teléfono en mano. Su madre in-

sistió en que debía ser el jueves de esa semana. Ahora era martes en la noche. Wendy se preguntó si vería al resto de la secta de la fraternidad o solo a su madre. Pensar en lo uno o lo otro era suficiente para mantenerla despierta en la noche.

La tribu, como la llamaba el líder Bronson, era de algún modo un grupo nómada, de más o menos veinte miembros, que iban adonde Dios los guiaba. Era evidente que el Señor los llevaba ahora a la remota frontera de Utah-Nevada.

Wendy había nacido en la secta y se las arregló para escapar siete años antes, en su decimoséptimo cumpleaños, el día en que se debía casar con Torrey Bronson como su tercera esposa. Ella contrató investigadores privados en dos ocasiones para localizar a la tribu y reportar la condición de su madre. Las dos veces recibió informes favorables. Pero en realidad los investigadores nunca hablaron con su madre, pues estaba estrictamente prohibido hablar con alguien que no fuera de la secta. Incluso tener contacto visual era castigado con un día en aislamiento. El contacto físico, también prohibido, era causal de grave castigo.

Dentro de la secta había muchos toques, abrazos y besos, pero jamás ningún contacto físico con extraños, y punto. Ésa era la costumbre de la confraternidad.

Cuando Wendy tenía siete años de edad se cayó en una zanja en Oklahoma y se quebró una pierna. Un granjero que oyó sus gritos la llevó hasta los demás que la buscaban. Aun antes de poner los pies en tierra «Papá» Bronson la golpeó fuertemente por permitir que manos impuras la tocaran. La azotaina le dolió más que la pierna rota. Ésa fue la última vez que Wendy tocó y fue tocada por alguien fuera de la tribu antes de escapar.

Y cuando Papá Bronson se creyó con derecho de romperle los dos pulgares y los dos índices como castigo por besar a Tony, otro miembro de la tribu de trece años en ese

entonces, clarificó espantosamente que él la reclamaba solo para sí.

Wendy huyó de la secta, pero no de las heridas de una infancia tan malsana. Pocos conocían la importancia de los daños; ella los ocultaba muy bien detrás de una suave mirada y una clara sonrisa. Pero incluso hasta el día de hoy la hacía sentir incómoda el solo pensamiento del contacto físico con hombres.

Ningún asunto en la tumultuosa vida de Wendy la consumía tanto como esa falla. El toque era su demonio personal. Una bestia que le impedía expresar la profunda tranquilidad que había sentido en algunas relaciones con hombres, aislándola del amor, romántico o de cualquier clase.

Ahora, conduciendo entre la furia de la naturaleza, Wendy se volvió a sentir extrañamente aislada. De repente vio claro que se había equivocado al tomar su decisión de seguir entre los negros nubarrones.

Como si oyera y entendiera que estaba siendo injusta con la mujer, la tormenta amainó de repente. Ella pudo volver a ver la carretera.

Ver, ahora eso no estaba tan mal... Era hora de entrar a la atestada hostería más cercana, a esperar con el resto del público viajero que pasara la tormenta.

Ahora Wendy lograba ver las señales, y la verde que quedó atrás decía que el desvío para Summerville estaba a ocho kilómetros de distancia. Salida 354. Cien metros más adelante, un letrero azul indicaba que en esta salida no había servicios.

Matorrales de robles se alineaban en la carretera. Tormenta inusitada. Inundaciones repentinas. La verdad es que todo era un poco emocionante. Mientras la tormenta no la retrasara, le pareció buena la idea de...

Sus faros iluminaron un vehículo adelante. Como una aparición, la retorcida figura relumbró a través de la noche lluviosa, inanimada, inerte sobre la carretera. Una camioneta.

Wendy pegó un frenazo.

Los neumáticos traseros del Accord patinaron sobre el pavimento húmedo, y el vehículo se deslizó hacia la izquierda de Wendy. Ella se aferró del volante y le palidieron los nudillos. Los faros destellaron al pasar los robles al lado de la carretera.

Por un instante Wendy pensó que el auto se podría volcar. Pero el asfalto húmedo impidió que el vehículo se bloqueara y se volcara sobre ella.

Por desgracia la superficie resbalosa también evitó que las llantas detuvieran el auto antes de chocar contra la camioneta.

Wendy salió impulsada hacia el frente, lo que permitió que los antebrazos absorbieran la mayor parte del impacto.

Por debajo del capó salió vapor silbando. La lluvia continuaba salpicando. Pero Wendy no había recibido más que uno o dos moretones. Se quedó sentada, serenándose.

Por extraño que pareciera, las bolsas de seguridad no se inflaron. Quizás fue por el ángulo. Si hubiera golpeado de lleno el parachoques delantero del otro vehículo, su guardabarros izquierdo habría sufrido el impacto antes de haberse metido a presión debajo de la parrilla.

Ella agarró su teléfono celular y lo desplegó. *Fuera de servicio.*

Fuera de servicio por más de media hora.

Intentó abrir la puerta. Ésta chirrió un poco, y luego se abrió fácilmente antes de ir a golpear contra la empequeñecida camioneta, la cual ahora Wendy vio que era verde. Se bajó, notando apenas la lluvia. La camioneta había perdido la rueda delantera derecha y se asentaba sobre el dispositivo interior de los frenos, lo que explicaba la llanta que ahora ella veía en la carretera. Sus ojos volvieron a la puerta de la camioneta. La ventanilla lateral estaba hecha añicos. El parabrisas delantero parecía intacto, de no ser por dos agujeros redondos perforados en el lado del conductor.

Perforaciones de bala.

Por supuesto que ella no podía asegurar que fueran orificios de bala, pero fue la primera idea que le cruzó por la mente, y al haberlo hecho difícilmente podía considerar que simples escombros hubieran perforado esos dos círculos perfectos a través del cristal.

Alguien le había disparado al conductor.

Wendy giró bruscamente la cabeza alrededor en busca de otro auto o de un tirador. Nada que lograra ver, pero no significaba que no estuviera allá afuera. Por un momento permaneció pegada al pavimento, con la mente dividida entre la empapada que recibía de la lluvia y esos dos orificios de bala.

Wendy recordó la pistola en el compartimiento de la consola entre los dos asientos de su Accord. Louise la había convencido de que la comprara mucho tiempo atrás, cuando se vieron por primera vez en el refugio. Wendy nunca recibió el entrenamiento necesario ni disparó el arma. Pero allí estaba la pistola, y si alguna vez hubiera tiempo para eso... Ella se lanzó hacia la puerta abierta del Accord y se escurrió dentro. Encontrar y sacar el estuche de la negra pistola entre los asientos resultó una tarea resbaladiza que le dejó los nudillos ardiendo y los dedos húmedos. Pero se las arregló para asirlo. Abrió el cierre del estuche, sacó la fría pistola de acero y la tanteó, tratando de recordar dónde estaba el seguro.

Mientras tanto el trasero de Wendy, que aún sobresalía afuera en la lluvia, se seguía empapando. El arma se le deslizó de las manos y cayó al piso alfombrado con un ruido sordo. Ella soltó una exclamación y estiró la mano buscándola a tientas, encontró el gatillo, y habría hecho un hueco en el auto si el seguro no hubiera estado puesto.

Gracias a Dios por los seguros.

Ahora Wendy encontró el seguro y lo soltó. Aunque no sabía de armas, no era tonta. Tampoco era nada parecido a una cobarde.

Quien estaba en la camioneta podría aún estar con vida, tal vez herido, y allá afuera en esa tormenta. Además, Wendy era la única que podía ayudar. Con o sin francotirador al acecho, ella nunca abandonaría a alguien en necesidad.

Así que giró la llave del encendido del Accord. El auto ronroneó con vida. Aún salía vapor por el capó, pero al menos prendía.

Apagó el motor, aspiró tranquilamente, luego salió del auto y corrió agachada hacia la puerta de pasajeros de la camioneta.

Echando una última mirada a la desierta carretera, manteniendo baja el arma en ambas manos del modo en que muchas veces vio en la pantalla gigante cómo empuñaban las pistolas, Wendy levantó la cabeza y miró a través de la ventanilla de pasajeros.

Vacía.

Se puso de pie para ver mejor. La ventanilla del conductor estaba embadurnada de algo. Sangre. Pero no había cuerpo. Le habían disparado a alguien. Aparentemente la camioneta rozó a otro vehículo y perdió su llanta delantera antes de detenerse.

Wendy recorrió con la vista el hombrillo y la cuneta buscando alguna señal de un cuerpo caído. Nada. No había rastro de ningún tirador, ni señal de ningún peligro.

—¡Hola!

No hubo respuesta a su llamado.

—¿Hola? ¿Hay alguien allá?

No, nada más que lluvia cayendo sobre los vehículos.

Empezó a introducir el arma por detrás de sus jeans Lucky, que ahora le empapaban toda la piel, pero la detuvo de pronto una rápida imagen del arma abriéndole un orificio en el trasero.

Fue entonces, con la pistola aún en la mano en la parte baja de la espalda, que oyó el grito.

Wendy giró bruscamente el arma hacia la izquierda y escuchó. Volvió a oírlo, carretera abajo, oculto en la oscuridad cada vez mayor. Un indiscutible clamor de auxilio o de dolor.

O el asesino, aullando victorioso a la luna.

No volvió a oírse el lamento. Wendy se agachó y bajó corriendo por el borde de la carretera hacia el sonido, con el arma extendida. Quiso gritar pero se contuvo, sabiendo que en el caso poco probable de que el sonido lo *hubiera* hecho quien disparó a la camioneta, se estaría exponiendo al peligro.

A Wendy le pareció absurdo que ahora saliera corriendo de la seguridad de su auto en medio de la lluvia hacia un extraño no identificado. Por otra parte, costara lo que costara, con mucho gusto pasaría el resto de su vida sacando de cualquier zanja en las que hubieren caído a cualquier niña con sus piernas rotas.

Había corrido menos de cincuenta metros cuando vio entre la lluvia una furgoneta. Wendy se paró en seco, jadeando.

La furgoneta había virado bruscamente saliéndose de la carretera por el bajo terraplén de la izquierda, donde ahora estaba en completa oscuridad. No se trataba de la clase de furgonetas en que las mamás transportaban a sus hijos a los partidos de fútbol. Ésta era de la clase más grande... en las que los asesinos metían a sus víctimas secuestradas antes de alejarse en los bosques profundos haciendo un ruido infernal.

La invadió una chispa de temor. Una cosa era no acobardarse. Otra era actuar neciamente por algún sentido equivocado de justicia. Esto último era lo que ahora sentía.

2

—¿Cuántos? —preguntó Colt.

—Tres —contestó la despachadora.

—¿Estás diciendo que de veras han ubicado tres tornados, o que el servicio meteorológico está advirtiendo la posibilidad de que...?

—Ubicado, no están especulando.

Becky estaba tan nerviosa como un ratón, y el rápido parpadeo en los ojos la delataba. Pensándolo bien, aparte de eso realizaba bastante bien sus responsabilidades como despachadora.

La estación de policía de Summerville estaba en el centro del pueblecito entre las calles Principal y Cordillera Ondulada, nombre absurdo para una vía en un pueblo que era tan plano como una tortilla. El despacho también se usaba como área de recepción. Puertas dobles llevaban a un salón abierto más amplio que tenía siete escritorios, la mitad de los cuales solo se usaban para compensar espacio y para los archivadores que alojaban.

La oficina del jefe lindaba con el área común a la derecha, al lado de un salón de conferencias que se utilizaba para interrogatorios ocasionales. Detrás de todo se había construido una cárcel con cinco celdas.

Summerville era un pueblo en que no se veían muchos problemas, y de ninguna manera de la magnitud que ahora amenazaba, con tres tornados que presionaban desde el oriente. En todo el año desde que Colt metiera sus cosas en la parte trasera de una Dodge Ram azul oscura y se dirigiera al norte a su nuevo nombramiento como uno de los

cuatro comisarios en Summerville, el departamento había respondido a cuarenta y siete llamadas de violencia hogareña, siete muertes accidentales, un asesinato y más de seiscientos accidentes e infracciones que iban desde conducción por parte de borrachos hasta gatos en problemas. En general, una mínima parte de lo que los residentes de Las Vegas soportaban en una fracción de tiempo.

Colt lo sabía, porque prácticamente huyó de Vegas por la relativa tranquilidad de un cargo en un pueblo pequeño. Por desgracia, un año de relativa calma no lo había transformado. Una infancia traumática lo había reducido a un torpe e inseguro desastre con las mujeres, y solo un poco mejor con los hombres. Ser policía en Ciudad del Pecado no le ayudó de ninguna manera a afinar esas habilidades. Era excepcional con una pistola, pero eso no era en realidad lo que requería el trabajo en un pueblo pequeño.

Ahora ese pueblecito estaba en la senda directa no solo de un tornado sino de tres.

—Yo no sabía que teníamos tornados en Nevada —expresó Colt distraídamente, viendo pasar gente tambaleando en medio de la lluvia que había amainado de modo considerable.

—No los tenemos. Tormentas anormales, como las llaman ahora. Calentamiento global o algo así.

—¿Dónde está el jefe Lithgow?

—Con el personal de mantenimiento.

—¿Haciendo?

—Cerrando las vías principales hasta que cesen los vientos.

Colt se quitó de la frente su gorra de béisbol y se dirigió a la puerta. Era su día libre, y había entrado para ver si necesitaban alguna ayuda. Parecía que la situación estaba bajo control.

—Estaré en la radio si me necesitas —informó al llegar a la puerta.

—Dile al jefe...

—¡Oficial caído, oficial caído! —chilló en la radio la voz de Eli Seymore como una gallina al ver un hacha recién afilada—. Tenemos problemas. Allá afuera hay alguien con un arma, y le disparó al jefe. Solicito refuerzos.

Y luego agregó como una idea de último momento.

—¡Ahora mismo!

—¿Estás seguro? —preguntó Becky con el rostro pálido.

—¡Sí, estoy seguro! Él está aquí. ¡Oye! ¡Oye! Envía una ambulancia.

Parecía que el oficial estaba a punto de llorar.

—¿Dónde está él? —inquirió Colt.

—¿Dónde estás? —preguntó a su vez Becky.

—Una cuadra al occidente de la vía principal... Oh, Dios... Maldición, maldición, maldición. ¡Aquí está él! ¡Él es...!

Resonaron disparos en el parlante de la radio. Eli soltó una palabrota. A juzgar por los ruidos que siguieron inmediatamente, soltó la radio y trató de ponerse a salvo.

—Llama al despachador en Walton y avísales nuestra situación —ordenó Colt, refiriéndose a la ciudad más grande a ochenta kilómetros al sureste.

Abrió la puerta de un tirón.

—Me dirijo hacia allá.

Cien posibles panoramas atravesaron su mente a toda velocidad mientras corría hacia su auto patrulla. De inmediato desechó los más obvios. Esto no era Vegas. Mínimo de crimen por drogas; nada organizado, al menos. La causa más probable para cualquier balacera era una pelea hogareña. De ningún modo las pasiones y las armas se mezclaban mejor en la aldea que en la gran ciudad.

Extremo oriente del pueblo. Quizás ese bruto, Mike Seymour, había finalmente cumplido su amenaza de destruir el pueblo si su vieja dama, como le gustaba llamar a Laura, no dejaba de mirar a todo hombre que pasaba.

No. Ni siquiera Seymour le dispararía al jefe.

Colt subió a su patrulla, encendió el motor y agarró bruscamente la radio con el sutil movimiento de un hombre que no había hecho nada más en seis años. Los parlantes se inundaron con la voz de Eli. Había vuelto a agarrar su radio.

—Viene directo hacia nosotros...

Pum, pum, pum.

—Colt va hacia allá —informó Becky con su voz trabada por el miedo.

No llegó respuesta esta vez. Eli estaba disparando.

Colt salió del estacionamiento, con las sirenas sonando. Nadie nunca podría subestimar el poder de ese distante aullido acercándose. Se creía que las sirenas solas eran responsables de parar más de treinta mil crímenes cada año en los EE. UU.

—Estoy en camino, Eli. ¿Cuál es tu situación exacta?

No llegó respuesta.

—¿Eli?

Estática.

Colt vociferó. Volvió a pulsar el botón del micrófono.

—Becky, ¿dónde están Steve y Luke?

—Steve está volviendo del Rancho Stratford. Se volvió a perder ganado. Luke también se dirige adonde Eli.

—¿Estás allí, Luke?

—Sí. ¿Tienes algo en mente?

—¿Dónde estás?

—Bajando por Cimarrón.

—Está bien, dirígete a la Tercera hasta el final del pueblo y regresa por la Primera. Creo que están en la Primera cerca del extremo oeste.

—Entendido. ¿Entro entonces en silencio?

—Sí.

Por otra parte, él iría con la sirena retumbando de ser necesario. Había pasado más de un año desde que se topó con un pistolero. El sabor metálico en la parte trasera de su

boca, cortesía de la adrenalina, era tan dulce como amargo.

Le dispararon al jefe, Colt.

Revisa eso entonces. El sabor era puramente amargo.

Voló por la calle Principal hasta la Séptima y giró a la derecha a cien kilómetros por hora. En Vegas habría eludido el tráfico pesado, pero esto era Summerville. Las calles ya estaban desiertas debido a las noticias de la tormenta. Unos cuantos disparos las vaciarían por completo. La voz viajaba más rápido por las líneas telefónicas que por los noticieros en los pueblos pequeños.

Conduciendo con la mano izquierda, Colt agarró la correa con la cartuchera y sacó su revólver de servicio. En su mente resonó el juicio del sargento Brice Mackenzie de la academia de entrenamiento.

Quizás no seas el más apuesto semental en unirse a la fuerza, pero sin duda alguna te pueden pegar un tiro.

Todos decían que era adecuado que se llamara Colt. Durante sus años más inseguros había alardeado del manejo de su arma. Pero ahora, a los veintisiete años de edad, se había aceptado por lo que era. No un pistolero, no, por Dios. Era sencillamente un individuo fuerte, comprensivo y sensible que por casualidad se sentía más cómodo con un revólver cerca que con una mujer.

Y estaba muy bien con quien era. Al menos en ocasiones. Especialmente en ocasiones como ésta.

Desenfundó el revólver y pulsó el botón de la radio.

—Acercándome ahora a la Primera.

—Entendido.

No tenía idea de lo que iba a encontrar en la calle Primera, pero podría ser una descarga de balas, así que entraría como un kamikaze, no cauteloso. Debía frustrar la puntería del tirador. Pondría nervioso a cualquiera menos al pistolero más experimentado.

El viento había amainado, y la lluvia era ahora una llovizna. Tan bueno como malo dependiendo de quién estuviera

disparando. También la oscuridad era cada vez más profunda.

Colt se preparó y giró en la esquina. La patrulla se deslizó a lo ancho del pavimento húmedo, rechinando mientras el caucho remordía el agua contra el asfalto. Las luces de la calle revelaban en tonos amarillos el aprieto de Eli.

Dos patrullas estaban estacionadas en ángulo cerrado: las de Eli y el jefe Lithgow. De ellas no salían disparos. Colt supuso que ambos habían caído.

El tirador salió caminando debajo de una de las luces, directamente hacia él, sin inmutarse por la sirena, los reflectores y la muestra de fuerzas que ahora anunciaba la llegada de caballería.

Jeans y una camiseta negra. Gorra de béisbol echada hacia atrás. Una clase de atuendo en el rostro. Una máscara blanca con dos agujeros negros por ojos y otro orificio ovalado por boca. Como una máscara de hockey; difícil decirlo desde esta distancia.

Colt aumentó la velocidad, yéndosele encima al hombre.

Las ventanas de una docena de casas y tiendas detrás del hombre estaban hechas añicos. El tirador no había intentado ocultar sus intenciones a nadie.

Sin disminuir el paso, el pistolero le hizo dos disparos a la patrulla. El primero abrió un hueco precisamente donde habría estado la cabeza de Colt de no haberse agachado en el momento en que el tirador levantaba el brazo.

El segundo perforó un hoyo en el apoyacabezas del pasajero. Admirables disparos en tan mala luz. Con un blanco móvil. Aterradoramente admirables. La única persona que Colt había conocido con tal habilidad era Mark Clifton, un detective de Walton; el más diestro en manejo de armas, indiscutible.

Cambio de planes.

Colt giró el volante a la izquierda y frenó. La parte trasera de la patrulla viró hacia la derecha y se deslizó hasta de-